

Alexander Elías

Alexander Elías es Fredy Alexander Muñoz Garzón, poeta con formación humanística y amplia capacidad de liderazgo en procesos y proyectos de formación de públicos y de espacios para la promoción de lectura y escritura, con publicaciones en distintos medios digitales e impresos, nacionales e internacionales. Ha publicado los libros *Vuelo a Marte* (2005), *Ventana de Fragmentación* (2008), *Mensajes de Texto*, *Plantillas Poéticas* (2008), *Amores Urbanos* (2011), *Poca Tinta* (2012), *Letras por Suramérica*, *Capítulo Tulcán*, *Nuevas Voces del Ecuador* (2012), *Sueños y otros versos clasificados* (2014), *Amores Urbanos* (2015). Actualmente se desempeña como Promotor de Lecto-Escritura en la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, Núcleo del Carchi.

Lágrimas

Llegan por la ventana y golpean hasta los huesos,
también se asoman por la gotera de la casa
a la espera de una sonrisa,
bajan...
las veo como cogidas de un dedito
luchando contra la inercia de su tristeza,
esperan la llegada del viento efímero
que pase a sus espaldas como si llamara a la muerte,
la única capaz de desgarrarlas
para llegar completas a la tumba de sus secretos;
son débiles,
se dejan arrastrar
y caen pulverizadas al suelo,
sin vida... sin nada.

Del no ser al ser

Entre lo que estuve e iba a estar
no estoy,
entre lo que hice e iba a hacer
no hago,
entre lo que amé e iba a amar
no amo,
entre lo que fui e iba a ser
no soy.

En otro espacio y otro tiempo,
es una muerte temprana,
es un arrastrarse entre las cenizas
y sacudirse un poco,
es buscar un bastón y una lámpara
para llegar hasta la orilla.
es poner una silla en medio del universo
para contemplar la nada, la oscuridad
y que de allí, de la soledad
renaciera cada célula, cada partícula
y formase un cuerpo, un palpitar,
y volviera a bajar a la tierra
y se asombre ante los nuevos amaneceres,
adquiriera el poder de crear luz,
con un acto, con una palabra, con una sonrisa,
que se lanzase al riesgo y se volviera a desbordar
en abismos plagados de flores y malezas.

Encuentros

En esta noche cálida se le desgarran el corazón,
ve su imagen en medio de la niebla
y del otro lado el sueño de la noche.
se esfuma de entre las sombras cuando ve que viene
y los ojos se convierten en círculos en los que danzan
para que luego todo cayera en la inercia de los suspiros.

sin saber más, ni siquiera lo que hay para dar
busca el gemido de una luna que se desplome en su pecho,
busca la oscuridad para chocar con las estrellas
que dan la luz para mirar con los ojos cerrados,
pero cuando la noche muere solo queda el rescate de un aura
que al ahogarse en lagunas de recuerdos
llega a lamer la tierra pulverizada en el desprecio
e inquieta con las ansias de sentir la vida,
de palparla,
paso a paso, poro a poro.

Tierra de amantes

Sobre la tierra están, caen,
se levantan para que los cobijase
una vez más por el verde prado;
es la tierra su cordón umbilical
que les insufla vida para no enredarse,
dar un paso..., dos...,
sentirla a pies descalzos
y con ella saber del tacto que acaricia,
saber de los granos dorados que ya no palidecen en sus manos
y les muestran los colores del arco iris
que transita juntado con el aire, con el agua
y genera una chispa de fuego
que enciende los corazones de los amantes taciturnos.

La noche a sus espaldas

Puede ser la noche a sus espaldas
o un grano de agua que se quiebra en su ventana,
que taladra sus sentidos
o quizá el día eterno y efímero
que desea arrebatar una sonrisa
cuando las flores se suspenden al ver la llegada del final de año,
o una letra que se plasma en el viejo muro de la calle séptima
que cree ser poesía al saberse libre
cuando lo roza el viento.

Al no saber, se queda con los universos libres
que no encuentran diferencia entre la vida y la muerte.
Al caso, ya no recurre a la vieja historia,
tampoco ansía el devenir;
es que no puede ofrecer vino con la copa rota,
pero se bebe la vida en cada respiro
y la muerte en cada suspiro.

Maullido sepulcral

Hay un maullido sepulcral en el corazón de Sofía
que en la noche da saltos
y juega a la muñeca escondida.

A las tres de la mañana, cuando oye a la otra,
su latido se muerde aunque dormida,
se dispara hasta subir las escaleras
y el otro cree que son unos ladrones,
pero es Sofía, ufana por ver a la otra
que le escudriña el corazón aun dormida.

Tiene la llaga de otro dueño
que la envió para que con su áspera lengua la tocara
al creer que, al ser dos, se pueden juntar;
el dueño y la otra de vez en cuando se reúnen a llorar
y Sofía lame las lágrimas
con las que urde un maullido sepulcral.

Árbol fértil

La ha mirado desde sus sedientas raíces
con pestañas húmedas
que caen al núcleo de la tierra engendrada,
lo ha sentido desde la copa del árbol
al contar pétalos que musitan sus nombres
han recorrido la savia hasta llegar al fruto.
Nacieron con causa otorgada por la tierra,
por su árbol fértil que los trajo hasta aquí,
son oro, son agua
y con gritos al aire
se identifican con el sello de su tierra.

Compañeros del camino

Existir es la única certeza,
él existe, ella existe,
de un chicotazo arrojados al vacío
y él está solo y ella está sola
pero los ensueños ayudan a despejar el problema de fondo
y él tiene miedo
y ella pavor de asomarse al abismo,
pero qué importa...
mudarse a la casa celeste
y cabalgar en quimeras flotantes,
qué importa...
desbordarse para robarle un color a sus grises
y reconstruir las esquinitas de sus huesos,
al fin y al cabo son un soplo, son un suspiro
y sus anímicos quebrantos
se levantan una vez más al saber de astillas,
sus ojos vuelan al saber de inviernos,
les reconforta el saber que en el camino
hay dos manos más que en cuanto compañeras
gustan del viaje sin interesarse en los fines.

Viajera de la inmensidad

Se para en el risco de una montaña
y siente el verde palpitar de la madre tierra,
huele su cristalino aroma que surge de su vientre,
deja al viento que sople en su cara
y junto a una piedra lanza sus semillas
para que brotasen en tierra fértil.

Contempla el horizonte
y ve ráfagas de colores,
es el arco iris que purifica
y quita los sinsabores de la vida,
respira...
rueda en la verde llanura,
y la madre tierra le acoge en su matriz,
y le permite beber de la sabiduría
que se desborda en el arroyo de su entraña.

Escucha el canto de las aves
y es música para sus oídos,
ve la verde naturaleza, sus montañas, sus ríos
y se recuesta en ellos
para que la corriente sane las heridas.

Da gracias a la madre tierra por armonizar
en el desequilibrio constante de la vida
y hacer comprender que es una más
en viaje hacia el sueño de su inmensidad.

Insaciable sed

Hay tanta sed, Alejandra,
que se parten los labios en los versos de amor;
también, hay tanta soledad
que desearía unos gemidos del infierno en las paredes.

Ves calles de desolación
y hojas del invierno seco tiradas al desnudo
y hay algo que rompe los huesos,
puede ser el viento amarillo que sacude las páginas flojas,
pero hay algo que desearía en el oscuro banal del hastío,
es un libro por leer, un ansia desde los doce años.

No quiero pasos a la deriva,
aún quedan retazos de sueños azules
que afloran en la cansada mañana,
aún quedan quimeras
que arrebataron la loca tarde de vacío.

Aún queda otra banal sonrisa por crear
y otros libros por leer en esta melodía de vida rota
y falta un poco de sangre para llorar
y falta fuego en el mudo lenguaje.

Desearía sonreír esta tarde
y salir al otro lado del jardín
ahora que cesan las palabras,
pero espanta pensar en el incierto alivio que se oculta
y alegra saber que hay otra agua que me bebe
y otra cara que me soporta.

Reconocer la soledad

Reconocer la soledad es el primer paso,
sobrevienen las sonrisas,
una palabra joven en la mañana
y el tacto un tanto atrevido en la noche,
sobreviene transpirar ideales
y meterse en los ojos a ese alguien,
pero llega la fatiga,
la piel ajada, el cuerpo frío
y surgen los deseos de conocer otros universos.

Así, cuando se da el segundo paso
se encuentra la libertad
al precio de cicatrices tatuadas en el alma,
pero todo fluye, nada se estanca
y al voltear la esquina
solo queda el recuerdo tatuado de lo que fue.

Allí llega el tercer paso,
reconocer que nuevamente se está solo
para mandar un adiós al ala de un ave,
una sonrisa de luz complacida por lo que fue,
lo que se aprendió
y ser dichoso al saber
que quedan nuevas aguas por remar.

Afuera nada pasa

Afuera nada pasa,
solo se ve gente angustiada por el mañana,
conductores que pitan con afán en los semáforos
para no llegar tarde a sus destinos,
estudiantes con sus morrales
que saltan charcos de camino a la escuela.

Afuera nada pasa,
solo riñas en la barriada pues el vecino miró mal,
no comparten, no conviven,
en la puerta de los hospitales
gente que muere esperando que la atiendan.

Afuera nada pasa,
solo un mando que vive a costillas del pueblo,
prostitutas en la calle sexta
en espera que les llegue el cliente
para llenar el bolsillo
y el ladrón inmóvil en la esquina
en espera de su víctima.

Afuera nada pasa,
solo en la radio de pronto se oye hablar de atentados
que han dejado sus muertos y heridos,
una educación debilitada
y niños que aprenden a vivir en la calle.

Afuera nada pasa,
solo todos en espera de un cambio, pero nadie empieza,
la fe no mueve montañas,
el Cristo que desde su cruz mueve la cabeza
en señal de decepción.

Afuera nada pasa,
solo la gente que ya cumple ochenta años,
en la espera, espera y espera,
ve como la vida se les va,
la oportunidad los advierte,
la felicidad los roza,
mueren
y para ellos no ha pasado nada,
solo que no se dieron cuenta de la llenura de sus manos.